CONFERENCIAS

SOBRE HISTORIA ECLESIASTICA
PREDICADAS EN EL

Templo de Sta. Mónica

DE ESTA CIUDAD, POR EL SR. PRESBITERO BR.

D. JOSE SALOMÉ GUTIÉRREZ.

(PROPIEDAD DEL SEMINARIO)

GUADALAJARA
TIPOGRAFIA DE "EL REGIONAL".—D. JUAN MANUEL Y ALHONDIGA.
1908.

tos y los honores divinos que deseaban.—Estas estatuas eran movidas por el espíritu maligno que en ellas respondía y en muchas ciudades las tenían atadas por los pies para que no huyesen. El abate Gaume, que ha escudriñado minuciosamente esta materia, con toda autoridad asegura ser esto perfectamente histórico y lo comprueba con citas de los mismos autores paganos.

Así los gentiles, ante los prestigios diabólicos se encontraban subyugados y sin defensa, porque les faltaba luz para distinguir el verdadero milagro del falso. La dominación de Satanás era ilimitada. Desde su fundación recibían las ciudades dos nombres, uno profano, que era el conocido de todos y otro *sagrado*, oculto y secretísimo, conocido solamente de los sacerdotes y de pocos iniciados. Este nombre era el del demonio tutelar de la ciudad, y se ocultaba con tal rigor que un día fué crucificado un tribuno de la plebe, por haber pronunciado en público el nombre idolátrico de Roma.

¿Por qué tan extraña reserva?—Porque no se hacía la guerra sin conjurar al *dios* protector de la ciudad que se intentaba vencer, á que la abandonara y se pasase al ejército vencedor; por lo cual no convenía que se divulgara aquel nombre.

De aquí proviene que, en la actualidad, nadie sepa cuál fué el nombre satánico de Roma, la capital del paganismo.—Dicho sea francamente que el demonio intervenía en la fundación de aquellas ciudades en que sentaba su reinado y que era él y no otro el verdadero fundador. Licurgo busca en Delfos las leyes de Esparta, consultando á la gran serpiente Pythón, que se las da, mediando la sacerdotisa; Teseo, fundador de Atenas, hace lo mismo. Rómulo llama de Toscana á unos hombres que poseen ceremonias especiales y supersticiosas para trazar una ciudad nueva que sea la reina de las naciones. Se abre un hoyo en que se arrojan primicias de todo fruto y se le llama *el mundo*: uncidos un toro y una vaca, Rómulo toma el arado con su reja y rompe en cerco la tierra, salvando los lugares de las puertas.—Así lo refiere Plutarco y tal fué la fundación de Roma en su sér material; pero ¿en el orden moral?

Numa se complacía en pasearse, internándose solitario en los sombríos bosques ó recorriendo la orilla de alguna fuente. Se le presenta una hermosa ninfa, llamada Egeria, que lo enamora y domina: ella le dicta las leyes de Roma en el orden civil y religioso, para unirlas á las de Rómulo que habían sido tomadas de las de Esparta y de Atenas, todas de origen pythónico; pero tales serían las de Egeria que Numa, aunque investido de la dignidad real, no se atrevió á promulgarlas, temeroso de la indignación popular y resolviéndose mejor á sufrir el enojo de la ninfa. Mandó que fuesen, cuando él muriera, enterradas junto á su tumba; un labrador las descubre casualmente, lo participa al pretor, éste las presenta al Senado y el Senado se espanta de hallarlas tan inmorales y obscenas y, por decreto suyo, son arrojadas al fuego para que no llegasen jamás á ser conocidas de los hombres.

La Roma pagana fué desde el principio la ciudad predilecta de Satanás y su destino era dominar el mundo, porque el mundo era el reino del mismo Satanás. Por eso Roma es la que mayor resistencia y más terrible oposición hizo á la verdad cristiana: la malignidad demoniaca no sería vencida sin luchas sangrientas, aunque no corría otra sangre que la cristiana. Como cansado el demonio de los perseguidores feroces y brutales, se procura otro en el Apóstata Juliano, que no llevó sobre sus hombros la púrpura imperial, sino á condición de restablecer el reinado de los ídolos, comunicándose con los espectros que lo hacían temblar; Dios lo humilló, y Juliano moribundo entregó á un cristiano la autoridad del Imperio.

Decidme, señores, si el filósofo puede olvidarse de la acción diabólica en la historia, y no únicamente en la historia de la Iglesia por su carácter sobrenatural, pero ni siquiera en la profana? Hay acontecimientos que son inexplicables sin las influencias diabòlicas. El historiador que narra fielmente los hechos, suele sobreponerse al filósofo materialista y al racionalista, refiriendo lo que estos desprecian, á pesar de que suele ser el hilo que guía en tan difíciles y peligrosos laberintos.

Pongamos un ejemplo que basta por todos: el cisma de Occidente, causado por Lutero.

Cisma funestísimo, de bien probada trascendencia religiosa y social y que pertenece, en su plenitud, al impulso del demonio. Alemania, Inglaterra, Suiza, Holanda, Ginebra y otros pueblos se transforman, arrancándose del árbol que les daba la vida y se constituyen sobre fundamentos que no tenían; pero todo esto sucede por motivos de religión. Tales motivos ¿se explican acaso sin Satanás?

No, Señores; Lutero, padre de la reforma y causador del cisma, tenía comunicaciones horrendas con el diablo.

Consta que Lutero creía profundamente en que la Iglesia Católica era la Iglesia única verdadera y lo afirman así los historiadores protestantes, como D'Auviñé, que en el tomo II, pág. 24 de su *Historia de la Reforma*, cita estas palabras: «Que la Iglesia Romana sea venera«da de Dios sobre las demás, es cosa que no se puede du«dar: S. Pedro, S. Pablo, cuarenta y seis papas y muchas «centenas de millares de mártires han derramado su san«gre en su seno y han vencido al infierno y al mundo, de «suerte que el ojo de Dios descansa particularmente sobre «ella». (L. Opp. L. XVII, p. 224). En tanto la concupiscencia estragaba al Reformador y lo abrasaba en su fuego hasta la médula, así como la soberbia obsecaba su espíritu y empedernía su corazón. La acción diabólica no fué tardía en hacerse manifiesta.

Al principio decía Lutero: «Yo no sé cuál es el espíritu que me impulsa:» sospechó más tarde que sería el diablo y exclamaba: ¿"Es posible que yo sea el ùnico mortal á quien el diablo ataca actualmente"? [*Opp. Luth. Tom. II. f. 269.*] Después . . . se disiparon sus dudas y sabemos hoy que, positivamente, Lutero tenía trato familiar con el demonio.

Abrid el Tomo VII de las obras de Lutero y leed en la página 216. ¿Qué halláis allí? . . .

¡Cosas horrendas!—Refiere Lutero mismo la conversación que tuvo con el demonio acerca de la Santa Misa. Y cuenta el espanto que se apoderó de él, su temblor, el sudor que lo bañaba, los terribles latidos de su corazón; los fuertes argumentos del demonio, que no le dejaba un momento de reposo; el sonido de la poderosa voz de Satanás; su modo abrumador de disputar, en que se oían á la vez la pregunta y la respuesta . . . Y dice que abolió la Santa Misa: "*por las razones que le dió el diablo*"—"Conocí, añade Lutero, que el diablo puede ahogar y matar á los hombres y, sin llegar á eso, los estrecha tanto con sus disputas, que basta para morirse uno, como *yo lo he experimentado muchas veces.*"

Ahora, dejad el tomo séptimo y veamos el tomo tercero: son "Cartas de Lutero"—"He perdido á Cristo"—dice Lutero—"he perdido á Cristo en las grandes olas de la desesperación que me envuelven: tengo por antagonista al *Príncipe de los infiernos*, y es grande su poder y temible el conocimiento que tiene de la Escritura . . . Satanás quiere que rompa mi pluma y que lo siga á los infiernos. ¡Dios mío, cuán grande es el poder de Satanás!" . . .

Estas pruebas tomadas de las declaraciones mismas de Lutero son intachables y negarlas sería caer en el pirronismo de la historia. No sería miopismo de ignorantes, sino ceguera incurable de impíos inexcusables. Pálpese ya, por lo expuesto, que si el paganismo opondría á Jesucristo y su Iglesia resistencias extremas, la acción diabólica no cesaría un momento y que llega hasta nosotros. El demonio sostiene aún el combate y hace víctimas: en Roma, hoy de Cristo, se han cantado himnos á Satanás, que tiene sus devotos. Es horrendo el satanismo actual. Prouhdon ha tocado el límite posible, llamando á Satanás su único Dios y su esperanza . . .

Concluyamos: el combate ha sido encarnizado y aun no termina, pero el triunfo es nuestro en toda la línea, por más que sucumban millares de hombres. Las resistencias diabólicas no cesarán, ni sus ataques, pero . . .
¿QUIEN COMO DIOS?

——

Tercera Conferencia.

La Acción Diabólica.

Señores:

Ante el gran cuadro negro del paganismo hemos colocado la esplendorosa figura del Salvador, que trae de lo alto misión de renovar todas las cosas y de convertir en vívida luz tan condensadas tinieblas. Pero, si la corrupción del mundo pagano opone á Jesucristo resistencias, que parecían invencibles, hay otra fuerza de oposición, más resistente, porque no es natural.

En la Conferencia precedente indiqué apenas, para que no quedase inadvertida, una verdad que consta por todo género de testimonios, que la filosofía de la historia no debe olvidar jamás y que, sin embargo, los llamados sabios de hoy miran con absoluto desdén. Me refiero, Señores, á la *acción directa y personal del demonio sobre el mundo.* Tal acción es innegable: como á los treinta años de vivir oculto y en obediencia filial, Jesucristo se dirige al Jordán y llega al lugar donde el Bautista preparaba

los caminos del Señor, dando bautismo de penitencia á pecadores, Jesucristo, que no sólo tomó semejanza de pecador, sino que *se hizo pecado* por nosotros—como dice S. Pablo—recibe el bautismo de Juan; pero allí se realizan prodigios estupendos: la voz que baja del cielo: el Espíritu Santo en forma de paloma: el Cordero de Dios, que borra el pecado del mundo! ¡Qué oportunidad tan propicia, qué ocasión tan favorable para comenzar luego á predicar á las muchedumbres que huían de la ira de Dios! Pero los juicios del Altísimo no son los de los hombres, y Jesucristo se interna en el desierto para ser tentado por el demonio y ser en todo semejante á nosotros, porque se hizo nuestro hermano.

La tentación más atrevida fué aquella en que Satanás pedía que Jesucristo, cayendo, lo adorara. ¿A qué precio?—Por todos los pueblos de la tierra Le mostró los reinos del mundo y le decía: TODO ES MIO: todo te lo daré, si me adoras.—¿Mentía el tentador?--No, señores; afirmaba una verdad siniestra y amarga, pero el padre de la mentira no mentía: el mundo todo era suyo. Basta leer, aunque sea rápidamente, el Santo Evangelio para convencerse de que el demonio tentó á Jesucristo valiéndose de la verdad: era verdad que podía convertir las piedras en pan; que los ángeles cuidarían de que no tropezase su pié.

Toda fuerza que, desviada de su fin propio, actúa desordenadamente sobre un término cualquiera, deja de ser benéfica y se convierte en desastrosa. Pues bien, la verdad es una fuerza de eficacia eminencial: desviadla y causará convulsiones y vértigos; y tan hondos serán los abismos que abra, que no los verá nadie, porque habrán desaparecido las generaciones que pasaban por la tierra. Así el río que se desborda; el mar, con sus vórtices horrendos, cuando lo azotan ráfagas de huracán; el fuego, propagándose vorazmente por los muros de regios palacios ó de pobres tugurios, para trocarlos en pavesas. ¡Es doloroso que la verdad, gloria única de la inteligencia humana, sea medio de crímenes tan grandes! ¿Qué hace la ciencia actual. la ciencia del presente siglo?– Menos atrevida que en los tiempos, ya lejanos, de Voltaire, Rouseau

y Condorcet, le da cierta vergüenza mentir, aunque algo le quede; pero toma una verdad y con ella tienta al hombre, como el demonio tentaba á Jesucristo. Sentemos esta regla: La verdad perversamente empleada, puede ser, en su límite extremo, principio ocasional de gravísimos errores. por falta de recia unión entre premisas y consecuencias.

Apartándonos ya de esta breve digresión necesaria, pues que la ciencia moderna, con unas cuantas verdades que posee, quiere llevarnos á la impiedad, volvamos á preguntar: ¿mentía el demonio al tentar á Jesucristo?—Yo creo que no, sino en cuanto él dijo una verdad con perversísimo fin y exagerándola en extremo, con lo que dió prueba de sus antiguas ambiciones. Todo era suyo de hecho, pero no en derecho. Parece además que el demonio se arrogaba no la propiedad absoluta, perteneciente exclusivamente á Dios, sino una propiedad muy relativa, aunque bastante para distribuir los reinos de la tierra. Si en el Evangelio de S. Mateo (IV.) leemos que Satanás dijo: *haec omnia tibi dabo*, que, aisladas, significarían propiedad personal; en S. Lucas (IV) encontramos cuál sea el sentido en que el tentador se declara propietario del mundo: *Quia mihi* TRADITA SUNT. No ignoro que es doctrina común de los exégetas que el demonio mentía; pero nótese que todos ellos consideran la audacia del diablo en fingirse Hijo de Dios para pedir ser adorado; ó la pretensión de tener libertad para distribuir todos los reinos á quien él mismo quisiera; pero reducidas estas palabras *todas estas cosas hanme sido entregadas*, reducidas, digo, al límite de la divina permisión, ya no son una mentira, sino una verdad, de que se abusa para mentir.

La exposición que vengo haciendo no es una novedad: Alápide (sobre S. Mateo IV) enseña que el demonio al afirmar que todos los reinos le habían sido dados, hacía referencia á Dios, pero que no pronunció el santo nombre porque le estorbaba en la tentación. («*Omnia mihi tradita sunt*»-- a Deo, sed nomen Dei subticet..... quia sibi exosum). Y sobre las palabras: «*doy estos reinos á quien quiero*» flagela á Satanás porque ofrece todo y asegura que de su propio y libre impulso depende el distribuirlos; pero

Alápide no niega que el demonio dijera verdad, limitándose á las permisiones de Dios. [*In iis enim nil potest daemon, nisi quod Deus ei concedit subinde et permitit*].

Ventura de Ráulica tiene á Cornelio por el Intérprete más erudito y profundo, el Intérprete por excelencia, y el Sr. Pío IX tenía á Ventura de Ráulica por el más ilustre expositor del siglo XIX: permitidme unir al venerando nombre del primero el cada día más glorioso de Ráulica.

"Dios—dice—ha establecido en el orden de su providencia que no sólo El mismo, sino también el diablo, pueda dar los bienes terrenos. No porque haya concedido Dios al diablo el dominio de los bienes del mundo, de los que Dios es siempre único dueño, sino porque, habiéndose reservado el derecho de dar á sus siervos algunos bienes temporales como auxilio y como recompensa, *ha concedido al demonio la faculad de distribuir alguuos otros* á los pecadores para su ruina y su castigo. (Hom. V,—Tentación en particular,—nº 19).

El demonio, pues, decía verdad, aunque mintió con ella misma. ¿Hasta dónde se habían dilatado en aquel tiempo las fronteras del reino de Satanás?—No tenía fronteras, Señores: todas las naciones, por permisión de Dios, eran suyas: recordad lo que dicho hemos en la Conferencia anterior: tiranizaba á toda la humanidad, que era idólatra, que en sus venas llevaba el corrosivo virus de toda iniquidad, porque todo era Dios, menos Dios, y los dioses de los hombres eran los demonios: *Dii gentium daemonia.*

Ni el pueblo escogido, poseedor de los divinos oráculos se hallaba libre de las garras del diablo; no sólo por tentaciones internas, sino también por manifestaciones exteriores, en formas diferentes, y por la posesión que tomaba de los cuerpos, atormentándolos cruelmente. El gran número de posesos curados por Jesucristo atestigua la espantable magnitud de la acción diabólica aun sobre el pueblo de Dios; el furor de su ensañamiento; el dominio que alcanzado había sobre la tierra

Dignísimas de particular reflexión y de ser atentamente meditadas son las palabras que algunos demonios, al salir de los posesos, dirigían á Jesucristo: «¿Qué tienes

tú con nosotros? ¿vienes acaso á destruir *nuestro renio*?» Y no hablaban de este reino tentando á Jesús, sino en la desesperación de sentirse dominados de un poder contra el cual inútilmente querían luchar. La acción diabólica es, por tanto, una verdad sólidamente basada, y su predominio sobre el mundo en tiempo de Jesucristo un hecho histórico.

Los demonios, en asombroso número, habitan la tierra: el Apocalipsis nos revela el gran combate en que Lucifer, el Dragón cayó sobre la tierra (*projectus super terram*); S. Pedro nos lo presenta como león rugiente que busca, rodeándonos, á quien devorar; S. Pablo nos exhorta á revestirnos de las armaduras de la gracia, porque la guerra que sostenemos no es sólo con la carne y con la sangre, eslo también con el Príncipe de las tinieblas del aire y Rector de esas tinieblas.—El pagano Porfirio dice: No temerariamente, sino con razón creemos que los malos demonios habitan los lugares más próximos á la tierra.—Su número es tan grande que abruma y ni siquiera os citaré las opiniones de los más célebres teólogos, temeroso de que os parezcan increíbles. Tientan al hombre, se poseen del hombre y, hablando con el hombre, lo seducen y arrastran á todo género de maldad.

¡Hablando con el hombre!—Sí, señores; el demonio sabe de antaño más que los modernos inventores y, sin necesidad de aparatos como el teléfono y el fonógrafo, produce vibraciones con timbre de voz humana y hace que su maligno pensamiento sea, en palabras, oído por el hombre. Así tentó á Eva en el Paraíso valiéndose de la serpiente: así tentó á Jesucristo en el desierto: así tienta hoy todavía á muchos que ignoran quién es Dios y no conocen que hablan con el diablo. Tened presente que no me refiero á las sugestiones internas, sino á las exteriores, por *modo* material y sensible. Digo *modo*, y no locución ó palabra, porque el demonio habla con el hombre en diferentes maneras. Me explicaré, pero á condición de que vuestra inteligencia no se distraiga de la materia que estudiamos, porque ha de pareceros que yo mismo salgo de la cuestión á debate y paso á otra. Mas no es así: tropezamos, de pronto, con una dificultad que la filosofía de la

historia no puede salvar sin apoyarse en la filosofía del lenguaje: oídme sin pestañar.

El hombre piensa, pero su pensamiento es tan íntimo y propio que, fuera de Dios ante quien todo es manifiesto, únicamente el mismo hombre lo conoce, cuando no quiere hacerlo cognoscible. Ni los ángeles pueden, si no lo permitimos nosotros, conocer los pensamientos de nuestros corazones. ¡Tanto es el respeto que Dios tiene á la libertad que se dignó dar á los hombres! Pero el hombre fué, desde el principio, formado ya en sociedad—la sociedad en general—y es imposible la sociedad sin el lenguaje, sin la comunicación de sentimientos é ideas. ¿Cómo se verifica tal comunicación? Dejo en llamada de nota de separación, si fué ó no inspirado en su totalidad ó sólo en sus raíces, prefijos, subfijos y decinencias; pero sí resueltamente afirmo que siendo natural la palabra humana, como don de Dios, la forma que sensibiliza el pensamiento es *arbitraria*: no con arbitrariedad personal ó individual, que sería una eterna confusión, más terrible que la de Babel; pero sí, con aquella ordenada arbitrariedad que consiste en la falta de conexión necesaria entre el pensamiento y el modo de expresarlo, siendo por ello y por causas diferentes, motivo de la variedad que diversifica los idiomas y dialectos.

Esa falta de relaciones necesarias entre el pensamiento y el modo de ser comunicado ocasiona la producción constante de signos convencionales para revelar nuestras ideas, en casos de excepción. Así hay el *lenguaje* de las flores, de los perfumes, del pañuelo; así se trata, y va lográndose, de la formación de un idioma universal para las transacciones internacionales; así las naciones usan de claves en sus negocios de importancia. Basta el acuerdo mutuo de las partes interesadas para que aun la palabra pierda su propia significación y adquiera la contraria. El movimiento y la inmobilidad, el hablar y el callar, todo es lenguaje, mediando, tácita ó explícitamente, el pacto indispensable.

Pues bien, señores; el demonio se ha comunicado con el hombre, usando de todas las formas en que puede ser

dado á conocer el pensamiento: por locución y por signos de pacto, expreso ó tácito.

La idolatría, esa aberración tan grande y general en que cayó la humanidad extraviada y que todavía hoy es la desgracia de muchos pueblos, no se explica suficientemente sin las comunicaciones diabólicas. «La causa consumativa de la idolatría—dice Sto. Tomás—fué de parte de los demonios, que se ofrecían á los hombres errantes para que les rindieran culto y *se les manifestaban en los ídolos*, profiriendo respuestas y haciendo algunas cosas que á los hombres parecían maravillas.» ¿Era un ídolo aquel madero del cual Dios dijo en Oseas: «Mi pueblo pidió respuestas á un leño, y el madero le contestó?—Los modernos tienen de aceptar ese testimonio escripturario, aunque les parezca *sospechoso* cuanto refieren las páginas sagradas. Valdrá más para ellos la autoridad de Mesmer que la de Oseas, pero el hecho de que hay respuestas inteligentes que vienen de seres faltos de razón, tan cierto es, que negarse no puede en sana crítica; y para humillar á muchos, que hasta renombre tienen de sabios, les pedimos que se acuerden de sus mesitas giratorias, sus mesas parlantes, sus mesitas que escriben con la pata en que se fija lápiz . . .

Dejo entre paréntesis una suma representada por millares de guarismos que expresan las innúmeras supercherías de hipnotizadores y espiritistas; pero jamás negaré que la acción diabólica se extienda á las palabras y á los signos. Puedo confirmar, y perdóneseme la significación de este verbo, tratándose de Sto. Tomás, puedo confirmar sus palabras últimamente citadas, con las palabras que trae Arnobio y que eran la defensa de los paganos contra el cristianismo: «Muy bien sabemos nosotros—decían—que ni el bronce ni el oro, ni la plata y demás substancias materiales, que usamos en la fabricación de las estatuas, son *por sí mismos* dioses, y no las miramos como tales; pero honramos en las estatuas á aquellos que por la dedicación sagrada son atraídos á que habiten los simulacros fabricados por mano de hombre.»

Los mismos demonios declaraban cómo debería llamarse el ídolo, la forma de él, los ritos que les serían gra-